Paisaje, reconstrucción fotográfica, 1976-2006.

Mujer llorando en el Bois de la Motte, Chartres, Francia. Blanco y negro, ampliación de 55 cm. x 60 cm. Zenit rusa 12XL.

Ana María Carpentier

Paracelso se quedó solo. Antes de apagar la lámpara y de sentarse en el fatigado sillón, volcó el tenue puñado de ceniza en la mano cóncava y dijo una palabra en voz baja. La rosa resurgió.

JORGE LUIS BORGES, *La Rosa de Paracelso*.

El Mahdi cercaba con sus hordas a Khartum, defendida por el general Gordon. Hubo enemigos que pasaron a la ciudad sitiada. Gordon los recibía uno por uno y les indicaba un espejo para que se miraran. Le parecía justo que un hombre conociera *su cara* antes de morir.

FERGUS NICHOLSON, *Antología de espejos*.

I

Había entrado en una insospechada galería de arte del Barrio Brasil porque, como todo el mundo bien informado sabe, una galería de arte es el único lugar del mundo, junto a las camas de ciertos amantes dignos y poderosos, donde se tiene una buena escusa para llorar. Entrar a un cine o un teatro, con esos fines, sería vulgar y, si me había abstenido de llorar en el funeral de mi madre, era porque requería testigos más silenciosos, aun más que los sepultureros. No puedo dar aquí detalles sobre mi vida privada o familiar que poco importan para el caso, ni menos darme el lujo de comentar la calidad de las fotografías que acompañaban el exquisito y poco ortodoxo texto curatorial que copio aquí abajo, pues los conocimientos que tengo sobre el tema son penosamente escasos. Me limitaré a guiar al lector hacia el entendimiento de porqué lloré frente a esas fotografías hieráticas y ajenas, y no frente al espectáculo vivo de la agonía de mi madre. Desde niña, siempre reclamé que alguien me leyera un cuento antes de dormir, pero a estos llamados nunca acudió ni mi madre, ni mi padre, ni mi hermana varios años mayor que yo, a quien no le faltaba imaginación pero si talento para el cariño. Quien acudía, era mi abuelo. Pero las ocasiones en que mi abuelo visitaba la casa, sólo tenían lugar cuando un insoportable dolor le hacía cambiar la paz de la sexta región por el trasunto caótico de Santiago y esto podía suceder cada uno o dos años y, como si fuera poco, su debilidad hizo que, con el tiempo, sus visitas se fueran haciendo cada vez más esporádicas. Una semana después del día en que mi abuelo murió mi madre recibió una carta que él había dejado para mí, quizás su última historia. Jamás leí esa carta y no supe de su existencia hasta pasado un año. La maligna y fallida suspicacia de mis parientes y mis hermanos terminaron por enterarme. Ya podrá decirse entonces que la envidia me hizo llorar frente a la hermosa historia de la galería y que el rencor me hizo soportar con estoica sobriedad la muerte de mi madre, pero necesito que entiendan que no fue así.

II

El texto –escrito con pequeñas y blancas letras hechas de papel, pegadas a unos módulos negros (según los cuales separo los párrafos) que exhibían cada uno, por un lado, la historia que había gestado la muestra y, por el otro, las fotografías de la misma–copiado a mano en mi cuaderno y trascrito aquí escrupulosamente, era el siguiente:

1. Cuando mi abuelo murió, hace menos de tres días, me dejó estas cajas y me dijo que eran todo lo que quedaba de Chile. Mientras estuvo vivo, jamás lo visité en su casa, a las afueras de Chartres –aunque vislumbraba su enorme fachada amarilla cuando iba correr los viernes en el Bois de la Motte–, si no que era él quien hacía rápidas visitas a mi apartamento en el Barrio Latino de París. Comúnmente me traía café y mermelada de frutillas, porque sabía que era lo único que yo era capaz de consumir ininterrumpidamente todo el día; me contaba de su salud, de sus plantas –tenía un jardín excepcionalmente frondoso–, me daba una lista, más o menos repetida, de los pequeños inconvenientes y sinsabores que los años habían acarreado a su vida de viejo, para luego ponerse a recordar a su difunta esposa, la que, a la sazón, era mi abuela –como me recuerda al aclararme que era *ella* de quien hablaba con tanto fervor– y, entonces, ya no se le podía parar, conversábamos varias horas, sin darnos cuenta. Cuando salíamos de nuestro ensimismamiento, eran las doce de la noche y él debía aceptar, a su pesar, que le permitiese dormir en mi cama mientras yo me acomodaba en el sofá. Durante esas charlas mi abuelo mezclaba, sin separación, anécdotas conocidas sobre la familia con cuentos de lo más fabulosos sobre sus años de estudiante de letras en Valparaíso. Para mí esa ciudad era una fantasía, un ensueño. Apenas recordaba haberla visitado una vez, a los doce años, pero la conocía íntegramente por aquellos relatos, en los que me hundía sin preguntas inútiles, mientras construía con ellos mi propia versión de la geografía de los cerros, aceptando los bellísimos desvaríos que

intercalaba mi abuelo y que hacían más suntuosa la narración. Algunos de esos relatos eran historias nocturnas y movedizas, ampliadas como capítulos de una historia que nunca terminaba de definirse, en donde cabían las aventuras eróticas y grotescas de personajes anónimos y de fama, los cuales se codeaban sin mayor distinción. He olvidado muchos, puesto que mi memoria sufre la gran enfermedad de nuestros días, que la reduce a un juego que avergonzaría a juglares y aedos de otros tiempos. Pero algunos sí los recuerdo, los que más me sorprendieron, los que simplemente no *podría* olvidar: me causaba una risa sencilla, en parte escéptica y en parte confidente, que mi abuelo hubiera conocido a Nicanor Parra y que lo hubiese visto vomitando en la Plaza Sotomayor, apoyado sobre las cadenas de bronce que protegen el monumento de Arturo Pratt. Aunque debo decir que no suena de por sí imposible y que, además, su improbabilidad no lo hace menos chistoso. Otra historia que, a pesar de causarme un placer especialmente dulce, sí me resultó imposible, tenía que ver con un cuadro de Klimt que habría terminado colgado en una de las paredes de una vieja librería del Cerro Alegre (cuyo nombre he olvidado) y que mi abuelo habría robado para adornar su dormitorio, lo que sonaba a delirio sobretodo por la supuesta temática de la pintura, inconcebible para el pintor austríaco: un retrato de la Virgen María, sobre el fondo dorado y abstracto que conocemos por las pinturas más famosas de Klimt, envuelta en paños azules y adornada por un enjambre de sombríos arabescos negros. Menos plausible me resultaba que hubiese desmontado completamente un museo de Santiago para llevárselo al puerto, sin embargo, era ésta última, sin duda la historia que siempre me había escandalizado más, no porque tuviese algo de espeluznante o ya excesivamente fantástico, de hecho, me causaba una atracción inconfesable y secreta, una fascinación infantil y romántica que me había llevado a pedirle innumerables veces desde mi más tierna infancia, que me volviera a contar la triste y maravillosa historia del Pabellón París, edificio legendario que, según mi abuelo, en Santiago albergaba a un museo llamado Artequín (a mí me sonaba a *Arlequín*, y quizás por eso

me causaba gracia) y que había sido construido, aquí, en el París de finales del siglo diecinueve –cuando La Revolución cumplía cien años–, para una exposición; pero lo sorprendente es que tras dicha exposición, el edificio fue desmotado parte por parte, ¡parte por parte!, desde sus cúpulas de zinc, hasta los cimientos azules de sus columnas –que eran como las patas de bestias celestes que no he soñado, pero que acaso he sentido o que he intuido que podrían existir si conociese junglas menos terrestres–, desbaratando su grandiosa armazón de acero multicolor, junto a la gloria de sus terrazas y sus ventanales, para poder llevárselo a Chile y volver a construirlo allá, del otro lado.

2. Al tratar de imaginar cómo se las arreglaron para meter semejante cantidad de piezas de siderurgia en sus respectivas cajas, debo declararme completamente incompetente; estimo que, hoy en día, ocuparían una porción considerable de un barco de carga y, en esos tiempos, quizás uno entero. El asunto, según mi abuelo, es que el museo quebró, los pastos del parque ante el cual se erguía, se secaron, los focos de la calle se fueron extinguiendo uno a uno y el edificio quedó abandonado, hasta que la noche le arrebató de las manos a los niños chilenos ese hermoso juguete; pero, *un día*, en medio del caos que en ese tiempo consumía Santiago, mi abuelo convenció a un par de amigos suyos que, al parecer, tenían todos al menos un camión cada uno, para hacerse del *Pabellón*, y reinstalarlo en un rincón olvidado del Cerro Concepción. La verdad es que, así como lo contaba mi abuelo (por su voz o no sé qué artilugio), todo sonaba muy fácil: llegar, desmontar, embalar y rotular las piezas vagamente, subir las infinitas cajas a los infinitos camiones, manejar una hora y media, doblar por Pedro Montt hacia el sur y en quince minutos, a lo más veinte, el último camión de la comitiva habría llegado a los faldeos del cerro; luego, en vehículos menores llevarían las cajas hasta arriba, harían turnos rotativos de doce horas todos los días para montar la estructura y en un mes tendrían el Pabellón París como nuevo, pintado con los

colores brillantes y violentos que hacen de las casas de Valparaíso, en palabras de mi pariente, algo imprescindible para vivir.

3. Más que nada esa historia me alegraba, me producía una sencilla felicidad, el placer por el discurrir mágico de las palabras al narrar el pasado; palabras que no contemplaban ninguna especia de compra, ni trámite legal alguno, como si se tratase de una *minga*, al más puro estilo chilote (tradición que conozco por un libro que sobre el tema realizó un fotógrafo francés, enamorado como yo de una patria algo ajena, hace dos años). Sin embargo, una arista de esa trama poseía un matiz oscuro y misterioso: como la más aterradora repetición de imágenes arquetípicas, el edificio parecía destinado a un siniestro retorno a las tinieblas; tres o cuatro meses después, los amigos de mi recién instalado abuelo, antes frecuentes visitantes, desaparecieron, acaso ocupados por cometidos más sensatos y menos hermosos por lo que mi abuelo, pasados unos trece o catorce meses de espera y rumores contradictorios, empezó a temer que alguien le arrebatara su bella estancia palaciega, empezó a temer que alguien en Santiago extrañara los colores del arlequín iluminando la Avenida Portales y la Quinta Normal, que la envidia de verlo tan felizmente instalado en su castillo junto al mar, con su maravillosa reina, atrajese al puerto los horrores flamígeros de la capital. Finalmente ese miedo se hizo de algún modo tangible en murmuraciones amargas, en miradas escrutadoras y sorpresivas entrevistas de la policía que se produjeron en el contexto de amenazantes indagaciones, las cuales fueron comunicadas a mi abuelo por hombres indefinidos y poéticos, hombres de espíritu portuario que habían sido en otro tiempo los mensajeros de múltiples tragedias áticas: le dijeron que buscaban el museo y a su ocupante (si aún lo *buscaban*, era gracias a su ubicación: sólo las calles de Valparaíso habrían podido ocultarlo tanto tiempo). Esa misma noche mi abuelo decidió devolver a las cajas lo que había traído de Santiago.

4. Todos estos años he sentido que ese edificio increíble estaba maldito, por el mero hecho de haber sido concebido para el desarme y la migración. Algo en aquel plan original –trazado en los dibujos Henri Picq quien, como los habitantes de Babel o el visionario arquitecto de una catedral gótica que por hacerla excesivamente alta y aguda no soportó las lluvias del primer siglo–, permitió la gracia y la debacle del Pabellón París y lo marcó para siempre con el fuego y la cicatriz de los caminantes y los nómades, al mismo tiempo protegidos por su maldición como Caín y Lamec. He sentido toda mi vida que ese destino de peregrino triste es algo así como un símbolo del propio destino de Chile. Ese país que crió a mis padres y abuelos y que, por mi sangre y cierta nostalgia heredada, siempre he añorado. Al recordar las innumerables reconstrucciones de mi arlequín, pienso en la Ciudad de Santiago, llamada entonces De Nueva Extremadura, destruida infinitas veces por Michimalonko y otros más o menos valientes, más o menos nobles, todos oscurecidos por el humo de la negra gloria de las llamas que la quemaron. Pienso en las dos gallinas supervivientes, que reconstruyeron la ciudad todos los años, siempre a mediados de septiembre, o al menos hasta que los indios murieron o se cansaron, o se murieron de cansancio y firmaron la paz, esa paz inconcebible para un país que me pintaron poblado de guerreros terribles y belicosos. Esa patria más y menos mía se abandonó a sí misma, abortó a sus hijos en el intento de reconstruirse, pero los mató al alba y se me fue quedando muy, muy sola, muy sola, tanto que los hombres no quisieron más ser chilenos, quisieron ser españoles, primero, luego franceses y finalmente arrepentidos de sutilezas continentales e idiomáticas, quisieron ser británicos salitreros y gringos megabursátiles.

5. Todo esto me daba vueltas en la cabeza mientras subía los delicados escalones de piedra de la casona en la rue Marin Fossé y, cuando el abogado me dejó sola, como si todo formase un solo entramado, me puse a pensar en papá y mamá, aquellos amantes que quisieron

abrazarse entre dos continentes, pero fueron abandonados por el océano que los separaba, abandonados entre el humo y la sangre vaporizada de las guerras fratricidas que para América acaso inició Colón pero que inventó Hernán Cortés, abandonados por las guerras civiles, las guerras de guerrillas, frías o calientes, siempre calientes, donde un hombre mata a su hermano y yergue el pecho sobre el cual recibirá las ilusorias chapitas metálicas que simbolizan el honor. Al fondo de la sala de estar, que crucé ignorando la descomunal colección de libros y chucherías románticas con que mi abuelo cubre las paredes, había un enorme ventanal que daba al patio y más allá una enorme bodega, tan grande como podría ser el galpón de un aeródromo. En el galpón se levantaban columnas mucho menos monumentales de lo que esperaba, con las cajas que conforman la totalidad mi herencia, si dejamos de lado la casa que las acoge y su valor absurdamente elevado. Hurgué desesperadamente en esas cajas que acaso resumieran toda mi vida, si puede decirse que es parte de mi vida, la de mis antepasados: fotografías de mi abuelo abrazando a mi abuela, una mujer de ascendencia mapuche seguramente, tan increíblemente hermosa, que al compararla con mis rasgos afrancesados –heredados de mi madre– me encuentro flaca e insípida; mi abuelo y sus hermanos jugando a la pelota en una cancha de barro, en las faldas del Cerro Chena, en San Bernando (una caligrafía certera informa el lugar del encuentro en la parte trasera de la foto); mi abuelo sosteniendo a mi padre cuando bebé, cuando niño, cuando ya anunciaba la juventud y la adultez, incluso mi abuelo cargándome a mí misma bebé, vestida como un bulto rosado de lana… Y así, y así. Las siguientes cajas eran de un pasado más remoto, seguramente los padres de mis abuelos, sus respectivos padres, sus amigos de infancia, y así sucesivamente, hacia atrás, donde me perdí porque mi memoria empezó a fiarse más de las leyendas y de los cuentos.

6. Eran las imágenes de un país lejano y sin embargo, las imágenes de *mi* país, trágico y hermoso, heroico en sus rincones pretéritos. Con pena, con verdadera y desgarrada pena, descubrí que no había rastro del mentado edificio, mi bello arlequín de acero policromado. Entonces empecé a creer, o a aceptar, que mi abuelo era un soñador, que quizás me mentía, que quizás sólo evocaba conmigo, como en un sueño, el país donde quiso ser feliz y del que lo echaron a patadas tantas veces. Recordé esos versos que dicen que Chile –y quizás ninguno de los países que yo podría amar– no es país, porque *está demostrado que los habitantes aún no han nacido, ni nacerán antes de sucumbir*…Y creemos ingenuamente *ser* un *país y la verdad es que somos apenas* un *paisaje* Me sentí ridícula al descubrir cómo las lágrimas iban dibujando puntitos oscuros en el cartón de las cajas, todo mientras rastreaba frenéticamente, mientras vaciaba una caja tras otra. De pronto, dejé de llorar, me contuve, la anunciación o la catástrofe me habían tocado: en la penúltima caja (pues había apartado las cajas que ya habían resistido mi búsqueda y sólo quedaban dos) encontré un enorme tornillo celeste, levemente oxidado en sus extremos. Sin respirar, dejé que me inundara una alegría estúpida. No tenía sentido, era imposible, sabía perfectamente que era imposible que el museo se encontrase en la última caja, donde no caería ni siquiera una sus puertas o ventanas, sin embargo volví a llorar de pura felicidad, de la pura emoción que el encuentro ficticio o acaso irracionalmente posible, me producía, pero, al abrir la caja, comprendí el engaño en que había caído, y desperté de ese sueño como cuando se deja de creer en fantasmas: contemplé el fondo inerte de la caja, cómo se iba llenando de puntitos y huí, huí para llorar tranquila en una de las bancas del Bois de la Motte, con el peso del tornillo celeste en el fondo de mi cartera, porque mi mano no lo soportaba, mientras comprendía que, quizás mi arlequín sí había existido, pero que no sabía donde podría estar, porque de Chile *no quedaba nada.*

III

Entonces rompí a llorar y estuve tentada de correr con ella. Puedo decirles ahora que lloré de vértigo y de terror. Pero el vértigo y el terror pueden, efectivamente, parecerse mucho al amor. Si lloré esa tarde frente a la imagen final de la exposición fue porque esa mujer que corría hacia un parque, desconocido para mí, había adivinado mi indiferencia frente a lo terrenal, había adivinado mi soledad y mi carencia. Esa mujer que no conozco y que no conoceré jamás me había amado sin saberlo y me había abrazado y me había entendido.

Había encontrado en sus palabras una respuesta. Había encontrado en esa historia increíble, el cuento de esa carta que había perdido, el cuento que mi abuelo nunca me volvería a contar.

Ana María Carpentier